

Cristales

LEOPOLDO ALAS "CLARÍN"

Si el alma un cristal tuviera

Mi *amigo* Cristóbal siempre estaba triste... no, no es ésa la palabra; era aquello una frialdad, una indiferencia, una abstinencia de toda emoción fuerte, confiada, entusiástica... No sé cómo explicarlo... Hacia daño la vida junto a él. Sus ojos de un azul muy claro y de pupilas muy brillantes, brillantes desde una oscuridad misteriosa y preguntona, parecían el doctor Pedro Recio de toda expansión, de toda admiración, de todo optimismo; amar, admirar, confiar, en presencia de aquellos ojos era imposible; a todo opinan el veto del desencanto previo. Y lo peor era que todo lo decían con modestia, casi con temor. La mirada de Cristóbal era humilde, jamás prolongada. Podría decirse que destilaba hielo⁵ y echaba a correr.

¿Por qué era así Cristóbal, por qué miraba así? Un día lo supe por casualidad.

<<El mejor amigo, un duro>>

-dijo delante de nosotros no sé quién.

-Me irritan -dije a Cristóbal en cuanto quedamos solos- me irritan estos vanos aforismos de la falsa sabiduría escéptica, plebeya y superficial; creo que el mundo debe en gran parte sus tristezas morales a este grosero y limitado positivismo callejero que con un refrán mata un ideal...

<<Sin embargo>>, dijeron a su modo los ojos de Cristóbal, y sus labios sonrieron y por fin rompieron a hablar.

-Un duro... no será gran amigo; pero acaso no hay otro mejor.

Otros lloran la perfidia de una mujer... Yo me había enamorado de la amistad; *había nacido* para ella. Encontré a mi amigo en la adolescencia; partimos el pan del entusiasmo, el maná de la fe en el porvenir. Juntos emprendimos la conquista del ensueño. Cuando la *bufera infernal* del desengaño nos azotó el rostro, no separamos nuestras manos que se estrecharon como a *Paolo y Francesca*, abrazados nos arrebató el viento... Los dos vivíamos para el arte, para la poesía, para la meditación; pero yo era autor dramático, y él no. Menos el *don* del teatro que niega Zola, tal vez porque no lo tiene, todo lo dividíamos Fernando y yo. Nuestra gloria y nuestro dinero eran bienes comunes para los dos. El mundo, con su opinión autoritaria, vino a sancionar estos lazos; se nos consideró unidos por una cadena de hierro inquebrantable. Así sea, dijimos. Y en nuestro espíritu nació uno de esos dogmas cerrados en falso con que la humanidad se engaña tantas veces.

Yo había notado que Fernando era muy egoísta; de la terrible clase de los inconscientes, era egoísta como rumiante, tenía el estómago así. Pero había notado también que yo aunque más refinado y lleno de complicaciones, era yo el egoísta. <<¿Cómo puede vivir nuestra amistad entre estos egoísmos? Vive en su atmósfera>>, pensaba yo; observando que mi amigo tenía vanidad por mí, preocupaciones, antipatías y odios por mí. Yo también me sentí ofendido cuando otros censuraban a Fernando; este derecho de encontrarle defectos me lo reservaba; pero no veía en ello malicia, porque también yo con cierta voluptuosidad, examinaba yo mis propias máculas y deficiencias, creyéndome humilde. Uno de los disfraces que el diablo se pone con más gusto para sus tentaciones es el de santo.

Cierta noche se estrenó un drama mío

era de esos en que se *rompen moldes* y se apura la paciencia del público adocenado, pero no tal malévolo como suponen los autores. En resumidas cuentas, y desde el punto de vista del mundanal ruido¹⁰, el éxito fue un descalabro. Una minoría tan selecta como poco numerosa me defendía con paradojas insostenibles, con hipérbolos que equivalían a subirme en vilo por los aires para dejarme caer y aplastarme. En el saloncillo bramaba una verdadera tempestad crítica. La fórmula era darme enhorabuena, pero con las de Caín. En cuanto yo daba la vuelta, se discutía el género, la tendencia, y por último, se

desollaba a mí. Entonces acudían los amigos; me ensalzaban a mí y le echaban una mano protectora al género, a la tendencia. Yo recibía los parabienes con cara de Pascua, pero en calidad de cordero protagonista.

Lo que nadie decía, pero lo que pensaban todos, era esto: <<La culpa no es del género, no es de los *moldes nuevos*, es del repostero éste, es del ingenio mezquino que se ha metido en moldes de once varas. Se ha equivocado. Esta es la fija. Se ha equivocado.>>

Así pensaban los enemigos; y aun lo insinuaban, atacándole de soslayo. Y así pensaban los amigos, defendiéndome de frente e insinuándolo más con esta franca defensa.

¿Y Fernando? Fernando me defendía casi a puñetazos. En poco estuvo que no tuviese dos o tres lances personales. Yo le oía de lejos; no le veía.

El no pensaba que yo le oía. Su defensa, apasionada; furiosa, era ingenua, leal. ¡Qué entusiasmo el suyo! Era ordinariamente moderado, casi frío; pero aquella noche, ¡qué exaltación!

-Le ciega la amistad- se oía por todos los rincones.

¡Qué no me hubiera cegado aquella noche a mí!

Como se recogen los restos gloriosos de una bandera salvada en una derrota, Fernando me recogió a mí, me sacó del teatro y me llevó a nuestra tertulia de última hora, en un gabinete reservado de un café elegante.

Al entrar allí me fije, por primera vez en aquella noche, en el rostro de mi amigo, que vi reflejado en un espejo. Sentí un escalofrío. Me atreví a mirarle a él cara a cara. Y en efecto, estaba como su imagen. Aún había en el amigo no sé qué de pasión que no había en el espejo. Estaba radiante. En sus ojos brillaba la dicha suprema con rayos que sólo son de la dicha, que no cabe confundir con otros. Fernando, muy diferente de mí en esto, era un amador de mucha fuerza y de buena suerte; para él la mujer era lo que para mí la amistad: su buena fortuna en galanteos le hacía feliz. Su rostro, generalmente frío, soso, de poca expresión, se animaba con destellos diabólicos, de pasión intensa, cuando conseguía su amor propio grandes triunfos de amor ajeno. Pero tan hermosamente transfigurado por las emociones fuertes y placenteras, como le vi aquella noche, en aquel gabinete del café, no le había visto ni siquiera en la ocasión solemne en que vino a pedirme que le dejara solo en casa con su conquista más preciosa: la mujer de un amigo.

Mientras cenábamos, me fijé en los ojos de Fernando. Allí se concentraba la cifra del misterio. Allí se leía, como clave del enigma: <<¡Felicidad! ¡La mayor felicidad que cabe en este cuerpo y en este espíritu de artista, de egoísta, de hombre sin fe, sin vínculos fuertes con el deber y el sacrificio!>>

¡Si el alma un cristal tuviera!... ¡Oh! ¡Si! lo tenía! Yo leía en el alma de Fernando, a través de sus ojos, como en un libro de psicología moderna, como en páginas de Bourget.

Fernando era feliz aquella noche de una manera feroz; sin saberlo, sí, como las fieras. Sabía él por experiencia propia, que la quintaesencia del sentimiento de un artista, de lo que éste cree su corazón, tal vez porque no tiene otro mejor, y no es más que una burbuja delicada y finísima, un coágulo de vanidad enferma, estaba padeciendo dentro de mí dolores indescritos; sabía que el público y los falsos amigos me habían dado tormento en la flor del alma artificiosa del poeta... pero no sabía que él, su vanidad, su egoísmo, su envidia, se estaban dando un banquete de chacales con los despojos del pobre orgullo mío triturado.

¡Qué luz mística, del misticismo infernal de las pasiones fuertes, pero mundanas, en sus ojos! ¡Cómo se quedaba en éxtasis de placer, sin sospecharlo! ¡Y qué decididor, qué generoso, qué expansivo! *Lo amaba todo* aquella noche. Hubiera sido *caritativo* hasta el heroísmo. Su dicha de egoísta le inspiraba este espejismo de abnegación. Sin duda creía que el mundo *seguía siendo* él. Oía las armonías de los astros. Y para mí, ¡qué cuidados, qué atenciones! ¡Qué hermano tenía en él! Se hubiera batido, puedo jurarlo, por mi fama. ¡Y el infeliz, sin sospechar siquiera que estaba gozando una dicha de salvaje civilizado, de carnívoro espiritual, y que esa dicha se alimentaba con sangre de mi alma, con el meollo de mis huesos duros

de vanidoso incurable, de escritor de oficio!

Aquel espectáculo que me irritó al principio, que fue supremamente doloroso, fue convirtiéndose poco a poco en melancólica voluptuosidad. El examen, lleno de amargura, del alma de Fernando, que yo veía en sus ojos, se fue tornando en interesante labor finísima; no tardó mi vanidad, tan herida, en rehacerse con el placer íntimo, recóndito, de analizar aquella miseria ajena. ¡Cuánta filosofía en pocos minutos! A los postres de la tal cena, en que el único apóstol comensal era un Juan..., sin saberlo, a los postres, ya recordaba yo mi obrita del teatro como una desgracia lejana, de poética perspectiva. El descalabro, el martirio oculto de mi amor propio, la perfidia de los falsos amigos y compañeros, todo eso quedaba confundido con la común miseria humana, entre las lacerías fatales necesarias de la vida... En mi cerebro, como un sol de justicia, brillaba mi resignación, mi frío análisis del alma ajena, mi honda filosofía, ni pesimista ni optimista, que no obedecía a los *datos históricos*, al fin empíricos, siempre pocos, más valor del que tienen... Y lo que más me confortó fue el sentimiento íntimo de que el dolor intenso que me producía la traición inconsciente de Fernando, no me inspiraba odio para él, ni siquiera desprecio, sino lástima cariñosa. <<Le perdonaba, porque no sabía lo que hacía>>

<<Mi dogma, la amistad, me dije, no se derrumba esta noche como mi pobre drama; Fernando no me quiere de verdad, no es mi amigo, ¿y qué? lo seré yo suyo, le querré yo a él. Su amistad no existía, la mía sí>>.

En tal estado, llegué a mi casa. Entré en mi cuarto. Comencé a desvestirme, siempre con la imagen de Fernando radiante de dicha íntima, apasionada, ante los ojos de la fantasía. Mi espíritu nadaba con la felicidad *austera* de la conciencia satisfecha, de la superioridad racional, mística, del alma resignada y humilde... ¡Qué importaba el drama, qué importaba la vanidad, qué importaba todo lo mundano... qué importaba la feroz envidia satisfecha del que se creía amigo!... Lo serio, lo importante, lo noble, lo grande, lo *eterno*, era la satisfacción propia, estar contento de sí mismo, elevarse sobre el vulgo, sobre las tristes pasiones de Fernando... Antes de apagar la luz del lavabo me vi en el espejo. ¡Vi mis ojos! ¡Oh mis ojos! ¡Qué expresión la suya! ¡Qué *crisales*! ¡Qué orgullo infinito! ¡Qué dicha satánica! Yo estaba pálido, pero, ¡qué ojos! ¡Qué hoguera de vanidad, de egoísmo! Allí dentro ardía Fernando, reducido a polvo vil... Era una pobre víctima ante el altar de mi orgullo, de mi orgullo, infierno abreviado. ¿Y la amistad? ¿La mía? ¡Ay! Detrás de los cristales de mis ojos yo no vi ningún drama como la amistad lo sería si existiese; sólo vi demonios; y yo, el *autor del drama*, era el diablo mayor... tal vez por razón de perspectiva...

Solo

HORACIO SALAZAR ORTIZ

A Andrés Huerta

Estoy solo.

Pero con una soledad más honda
que la de Robinson en su isla florida.

Esto, que puede parecer una queja,
sólo es el reconocimiento de un hecho.

Afuera, bajo el sol invernal,
el viento mueve las hojas de los olmos,
silba en las vidrieras

y mete su rumor en las cortinas.

La compañía del viento no me gusta.

Si hubiera menos polvo

tal vez el asma fuera más benigna.

Pero lo peor del caso no es el asma,

porque sin su presencia dura y fría,

¿quién estaría conmigo en esta hora?

Pero juzgad, que una sandez tras otra

van brotando palabras como versos.

Imposible estar solo si se tienen

las voces que una vez creímos nuestras,

el viento que susurra en los cristales,

los árboles desnudos del otoño,

la piel de pino de un amor difunto...

Imposible estar solo si se tienen

la soledad, el asma y la palabra.

Tiempo

¿Cómo este ojo brillante, este minuto en llamas
que es el mío y en donde me sumerjo,
puede ser arrancado al gran cuerpo luminoso del tiempo,
cómo puedo formar constelaciones de minutos,
parejas de astros girando tomados de la mano?

Es un cauce de musgo verde y piedras limadas,
es una abierta vena vegetal
el camino por donde el tiempo rema,
sereno y tenso, ¿qué sombra de qué pájaro
se reconoce sobre su agua?

Toda la soledad...

ARTURO CANTÚ

Toda la soledad que hay en tus ojos de pantera dormida
tus labios de cascada infinita cerca de mí finos y suaves
como el agua.

la plena redondez que hay en la angustia de tus senos
ocultos en tus pezones frágiles erectos
lo que me niegas hoy
lo que no me dirías aunque muriera aquí clavado
de rodillas

las aves voluptuosas de tus manos
tus muslos

órbitas desencadenadas como sombras de pronto
prisioneras.

Todo el rencor que hay en tus ojos de vórtice nevado
por las lágrimas

el congelado frío que reservas a mis dulces axilas
tu voz opaca y resonante como estertor agónico y
orgiástico

tus manos de paloma equidistante
tu alambicado corazón dispuesto
el oculto ignorado de tus dientes
tu amor

todo tu amor de avispa incandescente
tu agreste seriedad pálida y niña de cirio que aún no arde
lo que no me conoces

lo que ignoras del fuego de mi pelo
la sobriedad de ti cuando tú quieres y el quebranto
de cabra montés que te atosiga

tu corazón de sangre sin orillas
el resonante júbilo sin ecos de tu risa
tus alegres maneras de muchacho cansado de la vida
la sombra de tu cuerpo sorprendida como una
prostituta enamorada

tus ingles de navajas flexibles y estiletos de sombra
perforados

tu región de cristales inviolables
la doncellez de piedra bajo el agua que te circunda a
nado

tu voz de címbalos marchitos de ceniza en fuego
tu serpiente de sol sin horizontes

la acritud de tus sílabas desnudas
la franca rebeldía de tus senos que se desatan como
fieras liberadas.

Tus ojos de reptil bajo la lluvia
la alegría en derrota de tu risa
al derruido templo en que dejabas tu doncellez de
enunco entelerida

tus proféticas cejas de sibila
toda la madurez de tus caricias en tu entera intención
de no jurar palabras

y a veces
la espesa miel ardiendo entre tus labios para que nadie
finja que te odia.

Romance de la soledad

PEDRO GARFIAS

Homenaje a Góngora

Aquí estoy sobre mis montes
pastor de mis soledades.

Los ojos fieros clavados
como arpones en el aire.

La cayada de mi verso
apuntalando la tarde.

Quiebra la luz en mis ojos
la plenitud de sus mármoles.

Tiene el tiempo en mis oídos
retumbos de tempestades.

mi corazón se acelera
sobre el volar de las aves.

Vibra mi sien al zumbido
de los vientos y los mares.

Y aquí estoy sobre mis montes
pastor de mis soledades.